

José Pedro Manglano Castellary

CONVIVENCIAS

Guía personal para los ratos de silencio

5ta. Edición

DESCLÉE DE BROWER



© 2005 Morgan Software para la edición electrónica formato PDF

Este archivo pertenece a una biblioteca circulante. No puede venderse ni arrendarse, tampoco imprimirse.

© Editorial Descleé de Brouwer, S.A., 1999
c/ Henao, 6 - 48009 BILBAO

1ª Edición: Septiembre 1997

2ª Edición: Noviembre 1997

3º Edición: Mayo 1998

4ª Edición: Julio 1999.

ISBN: 84-330-1245-0

Depósito Legal: BI-1500-99

ÍNDICE

Introducción

1. Qué es una convivencia.....	7
A.Cómo se hace una convivencia.....	8
B.Entra en soledad. Las claves externas	9
C.Soledad acompañada. Las claves interiores..	10
2. Las 4 fases de un encuentro.....	11
Para leer la primera noche (en la cama)	11
Para leer el primer día (después del desayuno).	.13
FASE I. REVISIÓN DE VIDA.	
Soy criatura. Examen sincero.....	19
FASE II. A FONDO.	
Dios es mi Padre. Abrirse a El, me quiere como soy.....	25
FASE III. MIRAR A CRISTO.	
Cristo ha muerto por mí. Mirar a Cristo	31
FASE IV. SIGUE TU CAMINO.	
El Espíritu quiere obrar en mí y por mí ³⁷	
3. Material de apoyo para las cuatro fases	
1.Cómo orar. Lo explica Teresa de Calcuta	41
2.Humildad. Foto robot de la soberbia (<i>Lorda</i>)	48
3.Generosidad (<i>Urteaga</i>).	54

4. La mirada de Dios viviente (<i>Guardini</i>)	59
5. La contricción	
¿Cuándo es real el dolor? (Trese) ..	65
6. Dios está vivo. ¿Realmente ama? (<i>Guardini</i>)..	72
7. Renovación de las promesas bautismales....	77
4. Oraciones para cada fase.....	79

INTRODUCCIÓN

"Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto"
(Lucas 4,1)

Una convivencia puede organizarse de muchos modos distintos, que dependerán de factores diversos: lugar, horario, edad de los asistentes, objetivos, etc. Todos esos factores específicos de cada convivencia no resulta posible contemplarlos. Pero en todas es conveniente que haya algunos **tiempos largos dedicados al silencio y oración**. Aquí proponemos una guía para esos **ratos de "trabajo" personal**, para esos "tiempos de desierto".

"El desierto es el lugar del silencio, de la soledad; es el alejamiento de las ocupaciones cotidianas, del ruido y de la superficialidad, escribe J. Ratzinger. El desierto es el lugar de lo absoluto, el lugar de la libertad, que sitúa al hombre ante las cuestiones fundamentales de su vida. En este sentido, es lugar de la gracia. Al vaciarse de sus preocupaciones, el hombre encuentra a su Creador.

Las grandes cosas comienzan siempre en el desierto, en el silencio, en la pobreza. No se puede participar en la misión de Jesús, en la misión del Evangelio si no se participa en la experiencia del desierto, sin sufrir su pobreza, su hambre. Aquella bie-

naventurada hambre de justicia, de la que nos habla el Señor en el Sermón de la montaña, no puede nacer estando el hombre harto de todo".

Pidamos al Señor que nos lleve de su mano hasta descubrir ese silencio profundo en el que habita Él, su paz y su palabra.

1. QUÉ ES UNA CONVIVENCIA

Fácil de decir, aunque difícil de entender.

Primero lo que no es. No son unos días en los que lo que se hace es oír meditaciones o pláticas, alguna charla, grupos de trabajo, ratos de silencio, rezar el Rosario, etc; del mismo modo que un coche no es un volante, más cuatro ruedas, más alguna puerta, etc.

Ahora, lo que sí es: **un ENCUENTRO** más personal, más de tú y yo, con Dios; donde Él habla y escucha, y donde tú hablas y escuchas, con más facilidad. Las cosas que se hacen tratan de ser medios para conseguir esto.

Pero, ¿qué es eso de un encuentro con Dios? El que lo ha tenido sabe lo que es, y sabe que está al alcance de cualquiera que cumpla una única condición: **querer** tener ese encuentro. Y al que no lo ha tenido, es tan difícil de explicar, como lo es explicar a qué saben las espinacas a quien nunca las ha probado. La única respuesta definitiva es: pruébalo, y verás.

A. CÓMO SE HACE

Estas páginas pueden llevarte de la mano. Déjate llevar. Pero no leas por curiosidad lo que sigue. Ve paso a paso. Distinguimos CUATRO FASES, cuatro pasos que debes recorrer en estos días. No pases a la fase siguiente hasta que no hayas acabado aquella en la que te encuentras.

Se pasa muy bien en una convivencia, aunque cansa.

Si es tu primera convivencia, te ayudará ir siguiendo muy de cerca las pautas que aquí *se* señalan. Si ya has hecho otras, puede bastarte seguir los pasos, aunque sea más a tu aire.

B.ENTRA EN SOLEDAD

CLAVES EXTERNAS

- 1. CAPILLA.** Dios está físicamente allí. Es clave pasar muchos ratos, sin prisa, con Él, mirándole, habiéndole, preguntándole, y aprendiendo a escucharle.
- 2. SILENCIO EXTERNO.** No se trata de no hablar por no hablar, sino de no hablar porque estás hablando y dando vueltas a asuntos con Él.
- 3. LIBRETA.** Ayuda escribir mucho, pero mucho. Quizá te sirva abrirte cuatro apartados:

a) Ideas madres: oirás y leerás muchas cosas. Cada vez que veas algo importante para tí, o una idea que ves con más claridad, o algún asunto que te parece interesante, toma nota.

b) Examen: todo lo que vayas reconociendo acerca de tí mismo, el examen que hagas, vete escribiéndolo.

c) Cosas para hablar despacio con el sacerdote: asuntos que nunca has aireado, preguntas, temas más profundos que puedan inquietarte,...

d) Posibles propósitos: ve tomando nota de todos los que se te vayan ocurriendo, generales y concretos. Al final , con la ayuda del sacerdote, ya seleccionarás.

C. SOLEDAD ACOMPAÑADA.

LAS CLAVES INTERIORES

- 1. MARÍA.** Que vayas haciendo todo con Ella. Puedes estar seguro de que tiene verdadera ilusión, ganas e interés en echarte una mano. Ve comentándole lo que oyes, las impresiones y sentimientos que suscitan en ti las lecturas, las charlas y las pláticas..., y pidiéndole ayuda.
- 2. SINCERIDAD.** Pero para ponerte en tu sitio y mirar a Dios a la cara, en preciso ser muy sincero contigo y con Él. No tengas miedo a pasar vergüenza o sudar porque te cueste reconocer algunas cosas como son. Al pan pan, y al vino vino. Y no te preocupes: lo importante no es lo que tu valgas por tí mismo: fundamentalmente vales porque eres hijo, - ¡nada más y nada menos que hijo!- de Dios.
- 3. PEQUEÑOS SACRIFICIOS.** Ofrece pequeñas cosas que te cuesten: llegar puntual a los actos, participar venciendo la vergüenza, esforzarte por evitar un comentario y seguir en silencio, detalles de servicio, escribir aunque te dé pereza, profundizar en el mensaje...; obtendrás más gracia de Dios y sintonizarás más fácilmente.

4. LAS CUATRO FASES DE UN ENCUENTRO

PARA LEER LA PRIMERA NOCHE

(EN LA CAMA)

¡Qué hay! Me propongo echarte un cable. Si quieres tener un encuentro con Jesucristo estos días, es posible que te sirva seguir estos pasos. Sin prisas, eh...!

Lo primero que te vendrá bien, esta misma noche, para abrir apetito, es pensar por qué has venido, cómo es que estás aquí: resulta que igual ni te apetecía, que -de alguna manera- ni siquiera querías venir...

No te preocupes, en muchos casos es lo normal.

Pero te ha traído alguien, alguien te ha animado; has caído en la cuenta de que tenías que hacerlo, y ya está..., más vale que cuanto antes.

Todo eso está muy bien, y es verdad, pero te equivocas: en el fondo, al final, de verdad, estás aquí porque te ha traído Dios.

No te sonrías. Así de fuerte. Es Él, Jesús, el que se ha servido de ese sacerdote, ese amigo, ese cate-

quista o tutor, para lograr que vengas a estar estos días a solas, y con calma, con Él. Dale gracias al Señor por estar aquí.

Si consideras que tu alma no está en condiciones, que hay algún hecho que claramente impide a Dios habitar en ti, puedes al menos pedirle perdón desde ya, y sacar el propósito de que mañana, en cuanto puedas, vas a confesarte.

Pero dile también que no quieres defraudarle... (¿Ya? si no se lo has dicho, no saltes de línea...)

Dile que, aunque todavía no sabes cómo vas a hacerlo, ni te apetece, dile que te ayude a hacerlo bien. Y que ayude también a todos los que están contigo.

Ahora, tranquilo, buenas noches.

Puedes apagar la luz, y acostarte -por una vez- repitiendo con el corazón, muchas veces, como el ciego del Evangelio: *¡Jesús, que vea!, ¡que me entere!, ¡que estos días veamos todo lo que Tú quieres!*

PARA LEER EL PRIMER DÍA

(DESPUÉS DEL DESAYUNO, EN LA CAPILLA)

Buenos días. Espero que hayas dormido bien, porque si te metes en las cosas, verás que llegarás a la noche feliz..., pero hecho polvo.

¿Estás en la Capilla? ¿Sí? ¿Y estás cerca del Sagrario, en los primeros bancos? Aunque haya más gente, estáte tú a solas con él: que te sepas acompañado. No lo ves, pero está él. El pan no parece Jesucristo, pero es Jesucristo, que es lo importante.

Entonces sigue... Lo primero que te recomiendo para este primer día, es que saludes a Jesús en el Sagrario, ahí, enfrente de ti.

(Es tan importante, que si no lo has hecho, de verdad que más vale que no sigas leyendo).

Ya sabes que aquí has venido, en primer lugar, a conocer a Jesucristo. Jesús es perfecto hombre: cariñoso, leal, amigo de la verdad... Por eso el primer paso es, hacer examen de tu vida.

Pero es posible que te asuste, que no sepas por dónde empezar o que te dé pereza.

Pues tranquilo de nuevo, que te irás metiendo suavemente, sin que te des cuenta, si consideras y hablas con Jesús de lo que sigue. Para eso no hagas el tonto y pasa de todo lo demás: es posible que hayas venido junto con algún otro amigo o compañero, o que tengas miles de intereses en la cabeza; pues olvídate de todo...

Mira: aquí, al retirarte, no se trata sólo de que leas un libro con ideas buenísimas, ni de que hables

con el sacerdote durante mucho tiempo, ni de que escuches cinco mil charlas, ni muchísimo menos de que conozcas el jardín de la casa...

Tampoco se trata de que empieces a sacar propósitos desde ya..., porque claro, ya se sabe,... puedo ser mejor, y a partir de ahora voy a hacer esto y lo otro...

Perdona, pero no seas *caradura*. Eso es empezar por el final. Si tienes que mejorar -que seguro que sí- es porque hasta ahora has hecho muchas cosas mal; y, sobre todo, porque le has tratado muy mal..., porque has pasado de El tantas veces...

En definitiva, que no te servirá de nada que saques muchos propósitos, si antes no abres tu alma..., si no eres sincero contigo mismo, y con Dios, y apuntas esos cinco mil detalles que te dan vergüenza y te humillan, porque demuestran -en lo concreto- lo egoísta, sucio, perezoso o rencoroso que eres; y luego, después de comentárselo al Señor, vas donde el sacerdote y le dices: mire, yo soy así, en este punto, y en este otro, y en este, y...

Ahora, lo primero, lo único importante, es que te encierres con Jesús -que está ahí delante, no lo olvides- y con tu conciencia, y que repases toda tu vida (desde que tienes uso de razón, o desde tu última convivencia) y que vayas puntualizando, concretando: con las anécdotas concretas, con aquel suceso determinado, real, que pasó en aquel día..., no con generalidades.

Coge tu libreta y rellénala -quince, veinte, treinta hojas si es preciso- con todo lo que vayas viendo, y tal y como lo vayas viendo, crudamente...

¿Que... de qué tienes que hacer examen..?

Has recibido de Dios un montón de cosas buenas, y seguro que espera cosas de ti en la vida. Algunas veces te "habrás portado". Otras no le habrás tenido en cuenta, ni a El, ni a los demás. Otras te habrás comportado positivamente mal.

Mira: si tú te murieras mañana, pero no como en los chistes, sino que de verdad el Señor así lo tuviera dispuesto... ¿qué pasaría?., ¿te da miedo?., ¿de qué te avergonzarías si te presentases cara a cara con Dios..?

El Señor es un padrazo..., pero no es tonto.

Y conoce perfectamente tu historia... ¿por qué no la reconoces y la aires de una vez, para que se te pueda ayudar..?

Aquí tienes algunas preguntas que te pueden ayudar -¡claro que examinarse cuesta!, sobre todo si no es de tonterías...-, pero tampoco te quedes sólo en el enunciado exacto. Son pensamientos sobre los que tú tienes que pensar, y darles vueltas, y concretarlos con hechos de tu vida..., y hablarlos con tu Dios, y reconocerlos, y morirte de vergüenza cuando sea el caso y... y pedirle perdón.

Así vivirás en la verdad. Y Dios es la Verdad. Y la verdad te hará libre.

Puede resultarte interesante leer el texto primero del material de apoyo, *Cómo orar. Lo explica Teresa de Calcuta*. (Páginas 41-47)

PRIMERA FASE: REVISIÓN DE VIDA

Dijo también a algunos que se sentían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmode todas mis ganancias. En cambio, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: ¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador! Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.

Lucas 18, 9-14

Saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano.

Mateo 7, 5

La oración da ánimo para salir de la indiferencia y de la culpa, si por desgracia se ha cedido a la tentación y a la debilidad. La oración da luz para ver y juzgar los sucesos de la propia vida.

Juan Pablo II

FASE I. SOY CRIATURA. EXAMEN SINCERO.

• "Yo soy la verdad". Para encontrarse con Dios, que es la verdad, no es posible más que instalándose en la verdad. Por eso es necesario comenzar con **una valiente revisión**, con **un sincero examen** acerca de mi vida y de mi persona. Cuando reconozcas tu verdad experimentarás las palabras que nos dice: "La verdad os hará libres"

• **Se trata de:** hacer un examen general (de mi vida entera o desde la última convivencia) para saber cómo estoy, dónde estoy, cuál es mi estado. La mejor criatura es María, que además es tu Madre: puedes hacer el examen con ella, preguntándole.

• Puedes rezar la oración de la página 79.

• **Algunas preguntas:**

Son preguntas que **indican una dirección en la que mirar**, no son para contestar una por una; no te quedes mirando el dedo: mira dónde apunta.

Te ayudará leer cada apartado, comentar con María y escribir un pequeño resumen de **ese aspecto en tu vida**. A la vez, procura ser concreto.

Puedes tratar algún otro tema que creas importante para ti.

1.1Piedad. ¿Qué rezo todos los días? ¿Tengo interés en rezar? ¿Voy a lo mínimo? ¿Soy constante? ¿Asisto a la Eucaristía? ¿Tengo cariño a María? ¿Se lo demuestro? ¿Creo que Dios está en el sagrario? ¿Le trato bien? ¿Nota en algún hecho mi fe y mi amor? ¿Tengo amistad con mi ángel custodio? ¿Hago sacrificios? ¿Se los ofrezco al Señor?

1.2Humildad*. ¿Te enfadas con frecuencia? ¿Quieres salirte siempre con la tuya? ¿Hablas mucho de ti mismo? ¿Te excusas con frecuencia? ¿Te molesta que otros destaquen más que tú, o hagan algo mejor, o que sean reconocidos? ¿Te comparas con los demás, te crees mejor? ¿Procuras llamar la atención, ser el centro? ¿Te molesta que te manden? ¿Buscas que se hable de ti, de tus cosas buenas?

1.3Trabajo. ¿Las notas que saco (o en el trabajo que realizo) son las deseadas para mí? ¿Me esfuerzo? ¿Estudio o trabajo cuando no me apetece o no me van a preguntar? ¿Aprovecho bien las clases, el tiempo? ¿Por qué trabajo?

1.4Fortaleza. ¿En casa me escaqueo siempre que puedo echar una mano, o pueden contar conmigo? ¿Hay veces que me quedo en casa porque no me apetece salir, por pereza? ¿Cuánto tardo en levantarme? ¿Cómo vas de quejas? En el deporte, ¿vas a por todas?

1.5Generosidad.** **Los demás.** ¿Das de lo tuyo? ¿Calculas antes de dar? ¿Te quedas tú con lo mejor o con lo peor? Si hay poco de algo (tiempo,

*Puede ayudarte leer el texto de las páginas 48 y siguientes.

**Puede ayudarte leer el texto de las páginas 54 y siguientes.

comida, agua, sitio,...), ¿te privas tú de eso, o privas a otro? ¿Piensas en los demás? Mi familia. ¿Es un lugar extraño donde como y duermo? ¿me comunico? ¿soy cariñoso? ¿qué comentan de mi mis padres y hermanos? ¿me esfuerzo en superar los momentos de tensión que surgen en toda convivencia? ¿soy un autoritario que quiero que todos se rindan a mis pies? ¿Te deprimes cuando las cosas no te salen bien? ¿Te hunde saber que caes mal a alguien? ¿Le das gracias a Dios por lo que tienes, y por cómo eres?

1.6Pureza. ¿Quiero vivir la pureza? ¿Qué estoy dispuesto a hacer para ello? Pensamientos, palabras, deseos, conversaciones, vista, actos, lo que nunca he contado. ¿Quiero vencer o no? ¿Me puede el qué dirán?

1.7Sinceridad. Conmigo mismo ¿en qué me engaño? ¿qué verdades me molestan que me digan.

Con los demás, ¿en qué suelo mentir? ¿qué trato de ocultar habitualmente?

En la dirección espiritual, ¿soy transparente en todo? ¿Quedan secretos o temas no tocados con claridad?

1.8Pobreza. ¿Vives para tener? ¿Eres caprichoso? ¿Se podría decir que eres materialista? ¿Valoras a los demás por lo que tienen? ¿Te has privado alguna vez de algo voluntariamente, es decir, que podrías gastar o comprar y no lo has hecho? ¿Has robado?

SEGUNDA FASE: A FONDO

Si tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de tí; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna.

Mateo 5, 29

*Pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él **sabía lo que hay dentro de cada hombre.***

Juan 2, 35

Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros.

I Juan 1, 8

*De lo que **llena el corazón** habla la boca.*

Mateo 12, 34

*Yo no creo que todo el que elija caminos erróneos perezca. Pero su salvación consiste en **volver al camino recto.** Una suma equivocada se puede corre*

*glr; pero sólo es posible hacerlo volviendo atrás hasta **encontrar el error** y calculando de nuevo a partir de ese punto. No basta, sencillamente, con seguir. El mal puede ser anulado, pero no puede evolucionar hasta convertirse en bien. **El tiempo no lo enmienda.***

C.S.Lewis

FASE II. DIOS ES MI PADRE.

ABRIRSE A ÉL, ME QUIERE COMO SOY.

• *"Por sus frutos les conoceréis. El árbol bueno da fruto bueno, y el árbol malo da fruto malo" (...).* En el examen anterior has reconocido cómo están las ramas y hojas cuáles son los frutos del árbol que eres tú. Pero ¿y la raíz?

• Se trata de: en esta segunda fase haz examen de lo que no se ve: qué hay detrás de lo que has visto hasta ahora, cuáles son las raíces. Se trata de ir al fondo, ir al por qué, ir a la verdadera verdad sobre mí: qué es lo que me pasa.

• Te ayudará leer el texto de la página 59, *La mirada del Dios viviente, antes de hacer el examen.*

• Examen:

Bastará con que hagas uno de los dos exámenes que siguen:

1A. Por un lado, es preciso reconocer muchas cosas buenas que hay en ti: virtudes, cualidades, aspectos de tu carácter, tus buenas disposiciones ante Dios (que estés aquí ya es un dato).

Qué bueno es:

- que las reconozcas, porque son verdad.
- que las reconozcas como dadas por Dios.
- que vayas viendo si has correspondido a Dios, si las has puesto a su servicio y al de los demás, si las has hecho fructificar.

1B. Si he destronado a Dios, ¿quién es el dios, de hecho, en mi vida? ¿Ante quién me rindo? ¿Quién manda en mí? ¿En quién pienso más a lo largo de un día normal?

1C. ¿Es frecuente que decida hacer o no algo con algunas de estas razones: "me apetece", "si hago «tal» pensarán que...", "cómo quedo si hago o digo esto", "no hago «tal» porque no me interesa, no tengo ganas, no lo siento..."?

1D. ¿Cuál es el/los defecto dominante, principal, mío? Anécdotas en las que queda de manifiesto. Yo soy un...

1E. ¿Reconozco hipocresía en mi actuar? (Anécdotas)
¿De qué voy por la vida? ¿Quién me he creído?
¿Cómo describiría la máscara con la que me he disfrazado para evitar que sepan cómo soy?
¿Qué cosas son las que más quiero disimular porque más me avergüenzan?

1F. ¿Cómo te diviertes?, ¿piensas que la diversión y la alegría la lleva la persona por dentro?, ¿eres siempre tú mismo o buscas de otros medios, como el alcohol, para encontrar tu yo perdido?, ¿la chica o el chico es un objeto que usas y tiras o es una persona con un corazón y una sensibili-

dad? ¿qué entiendes por respetar a las demás personas?

- 1G. ¿Qué me alegra? ¿Qué me entristece? ¿Qué me enfada? ¿Qué envidia? ¿En qué me distraigo con frecuencia? ¿En qué tengo en el corazón? ¿qué me ilusiona? Ten en cuenta que las ilusiones marcan los valores por los que vives.

* * *

• **Otro examen:**

- 2A. ¿Qué concluyo del examen anterior? ¿Qué es lo que me pasa?
- 2B. ¿Tengo una doble vida? ¿En qué consiste? ¿Soy conciente de algún complejo, algún fracaso, algún hecho o realidad que me cuesta aceptar o digerir?
- 2C. ¿Quiero a alguien? ¿quiero algo de verdad, en la vida? ¿cuál es mi norte? ¿tengo, de hecho, algún modelo?
- 2D. Dios me ama, ¿y yo a Él? ¿Sobre todas las cosas? ¿Quiero ser santo aunque el camino sea cuesta arriba? ¿qué creo que me dará a mí la felicidad?
- 2E. Dios es tu padre. Habla con Él un poco acerca de qué quiere decir eso, si te das cuenta, ... y a ver dónde llegas.
- 2F. Es propio del hombre tener miedo a Dios. ¿Tienes miedo a algo? ¿Qué temes que te pida?

* * *

• La mirada hacia "tu adentro", si ha sido sincera, te llevará a la conversión. Igual que un mister al analizar una temporada su equipo de fútbol, estudia los «rores o equivocaciones y decide los cambios oportu-

nos, es bueno que tú hagas lo mismo. Pero antes de pasar a la siguiente fase, detente y piensa si has reconocido que te estabas equivocando. Igual que San Pablo se cae del caballo y, tirado en el suelo, convierte su vida y pregunta a Dios *¿qué debo hacer?*, mira a ver si tú te has caído de "tu caballo".

TERCERA FASE: MIRAR A CRISTO

Reconozco mi maldad, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra tí sólo pequé e hice lo que a tus ojos es perverso. Tu eres justo en tu sentencia y recto en tu juicio.

Salmo 50

*Un fariseo le rogó que comiera con él. (...) Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un perfume, y poniéndose detrás, a los pies de él, **comenzó a llorar**, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los unguía con el perfume (...) y le dijo a ella: **tus pecados quedan perdonados.***

Lucas 7, 36-48

"Él nos amó primero"

San Juan

*"Verme que recibo de nuevo cuidados y dones de Dios, **habiéndole pagado tan mal** los que ya antes he recibido, es un tormento para mí terrible, y creo*

que para todos los que tuvieren algún conocimiento o amor de Dios".

S. Teresa

*"No podemos hacernos justos a nosotros mismos; igual que el amor presupone lo pasivo de ser amado, así la santidad va siempre unida a algo pasivo: **aceptar el ser amado por Dios**"*

Ratzinger

*¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma! ...Fue un beso de amor, **me sentía amada.***

S. Teresita

FASE III. CRISTO HA MUERTO POR MÍ. MIRAR A CRISTO (desagraviar)

• **Se trata de:** ya has visto quién eres tú. Ahora mira a Cristo. En la Cruz: para poderte perdonar se sacrificó Él; está ahí por ti. Míralo en el sagrario: para que le tengas cerca y alimentarte se ha hecho cosa; está ahí por tí. Habla con Él; agrádecele; desagráviale.

Quizá te des cuenta ahora de lo poco que te duele haber ofendido a Dios, y corresponder tan escasamente a lo que Él te da.

Es importante que le pidas perdón de verdad por todo, y que - como es un don de Dios- le pidas el verdadero dolor de los pecados, ese dolor de amor que hará que no le vuelvas a ofender. Pídeselo a la Virgen, al pie de la cruz de su Hijo. Ella sí que sabe lo que han provocado tus pecados... Pero pídeselo con insistencia, que te lo dé.

Fíjate en la magdalena: de prostituta a santa, por el camino de echarse de rodillas ante Cristo llorando y pidiendo compasión.

Puede resultarte interesante leer los textos del material de apoyo 5, *La contrición* (página 65) y el 6, *Dios está vivo ¿Realmente ama?* (página 72)

- Puede ayudarte meterte por alguno de estos caminos que te sugiero, para que pases un buen rato con Él tratando de este tema, para que te enseñe a mirarle como Redentor y Salvador: eso es Cristo.

1.- Oraciones. Puedes rezar despacio, comentándoselas, las oraciones de las páginas 79 a 82.

2.- Guión de desagravio. Puedes seguir este guión comentándole tranquilamente cada paso.

a) Considera **cómo es Dios:** santo, grande, inmenso, dadivoso, amante,...

b) Trata de saberte amado, **sentirte amado:** repasa lo que él ha hecho por tí y sólo por tí.

c) Considera **cómo eres tú,** cómo te has portado tú en estos años de vida que te ha dado.

d) Al verle a él... y al verte a tí... brotará tu oración de **petición de perdón.**

e) Procura que **él se sienta amado** por ti (te ayudará dar vueltas a los textos del inicio de esta fase III, páginas 29 y 30).

f) Pídele cambiar, amar,... y manifiéstale tus deseos de cumplir siempre su voluntad.

3.- La pasión según San Juan. Leer despacio el evangelio de San Juan, desde el capítulo 18 en adelante. Hazlo soltando la imaginación, como algo real, que Él hizo libremente (era Dios y lo podía

haber evitado), y lo hizo por tí y con la intención de que así te des cuenta de hasta qué punto está dispuesto a lo que sea por tí.

4.- Via Crucis. Tomar un Via Crucis, leer estación a estación, sin prisa, comentando con Jesucristo lo que te sugiera cada escena.

5.- María Magdalena. Leer San Lucas 7, 36-50. Después San Juan 20, 1-18. Trata de seguir tú los mismos pasos que ella.

* * *

• Llega el momento importante de **alcanzar el perdón de Dios** en el **sacramento de la penitencia**.

Te copio del Catecismo de la Iglesia Católica:

"Sólo Dios perdona los pecados (cf Me 2, 7). Porque Jesús es el Hijo de Dios, dice de sí mismo: "El Hijo del hombre **tiene poder de perdonar los pecados** en la tierra" (Me 2, 10) y ejerce ese poder divino: "Tus pecados están perdonados" (Me 2, 5; Le 7, 48). Más aún, en virtud de su autoridad divina, Jesús **confiere ese poder a los hombres** (cf Jn 20, 21-23) para que lo ejerzan en su nombre.

Sin embargo, confió el ejercicio del poder de absolución al **ministerio apostólico**, que está encargado del "ministerio de la reconciliación" (2 Co 5, 18). Cristo **instituyó el sacramento de la Penitencia** en favor de todos los miembros pecadores de su Iglesia.

La confesión de los pecados, incluso desde un punto de vista simplemente humano, **nos libera** y facilita nuestra reconciliación con los demás. Por la confe-

sión, el hombre **se enfrenta a los pecados** de que se siente culpable; **asume su responsabilidad** y, por ello, **se abre de nuevo** a Dios y a la comunión de la Iglesia con el fin de hacer posible **un nuevo futuro**.

La confesión de los pecados **hecha al sacerdote** constituye una parte esencial del sacramento de la Penitencia: En la confesión, los penitentes deben enumerar todos los pecados mortales de que tienen conciencia tras haberse examinado seriamente, incluso si estos pecados son muy secretos".

Pide ayuda a tu Padre Dios para que te facilite volver ahora como su buen hijo manifestando todos tus pecados en el sacramento de la Penitencia.

CUARTA FASE: SIGUE TU CAMINO

Vosotros *sois la sal* de la tierra
Vosotros *sois la luz* del mundo

Mateo 5, 13-14

*Amad a vuestros **enemigos**.*

Mateo 5, 44

*De la abundancia del corazón habla la boca.
Dios habla en el silencio del corazón.*

Cuanto más recibamos en el silencio de la oración, más rendiremos en nuestra actividad.

Madre Teresa de Calcuta

Procuraos una zona de desierto, de ese silencio tan necesario para la vida espiritual.

*Unios a Jesús, en la oración, descubriréis más plenamente **las necesidades de vuestros hermanos y hermanas**.*

*Apreciaréis más vivamente el dolor y el sufrimiento **que agobian los corazones** de innumerables personas.*

Juan Pablo II

FASE IV. EL ESPÍRITU QUIERE OBRAR EN MÍ Y POR MÍ (Concretar propósitos).

• **Se trata de:** pedir ayuda al Espíritu Santo para pensar en la vuelta y acertar ahora qué puntos concretos querrá el Señor que saque adelante con su ayuda.

• Puedes rezar las oraciones de las páginas 83 y siguientes. Y si quieres puedes aprovechar para renovar las promesas bautismales, que las encontrarás en la página 77.

• **Cosas para trabajar:** puedes hacerte, si crees que te supondrá una ayuda, algo de lo que sigue:

A. Es bueno que elijas uno o dos aspectos o virtudes en los que esforzarte a lo largo de este año: lo que pienses que puede ser clave, por que está en la raíz, o por que es lo que te ha llevado a equivocarte.

B. Con respecto a Dios. En qué momentos vas a tratarle, en concreto. Qué vas a rezar, dónde, cuanto tiempo y a qué hora.

C. Horario de trabajo para cada día, concreto.

- D. Lista de amigos por los que rezar a-diario, y cómo les vas a ayudar, qué vas a hacer por ellos en concreto, con cada uno.
- E.Si quieres, una pequeña oración que tú te hagas para rezarla a diario, donde "salga" lo que has visto estos días.
- F.Puedes concretarte una lista de sacrificios para hacer todos los días, pocos pero concretos (en la comida, estudio, ayuda en casa, posturas, caprichos, servicio,...), para ir consiguiendo alguna virtud.

3. MATERIAL DE APOYO

En esta sección encontrarás amplios textos que desarrollan algunos aspectos que resultan básicos:

- 1. Cómo Orar. Lo explica Teresa de Calcuta.*
- 2. Humildad. Foto robot de la soberbia. (Lorda)*
- 3. Generosidad. (Urteaga)*
- 4. La mirada del Dios viviente. (Guardini)*
- 5. La contricción. ¿ Cuándo es real el dolor? (Trese)*
- 6. Dios está vivo. ¿ Realmente ama? (Guardini)*
- 7. Renovación de las promesas bautismales*

Puede servirte como material de apoyo para las cuatro fases de tu encuentro con Jesús.

1. CÓMO ORAR. LO EXPLICA TERESA DE CALCUTA

Siempre empiezo a rezar en silencio, porque es en el silencio del corazón donde habla Dios. Dios es amigo del silencio: necesitamos escuchar a Dios porque lo que importa no es lo que nosotros le decimos sino lo que Él nos dice y nos Transmite. La oración alimenta el alma: como la sangre para el cuerpo, así es la oración para el alma, y nos acerca a Dios. También nos da un corazón más limpio y puro. Un corazón limpio puede hablar con Dios y ver el amor de Dios en los otros. Cuando tienes un corazón limpio, quiere decir que eres sincero y honesto con Dios, que no le ocultas nada, y eso le permite tomar lo que Él quiere de ti.

Si buscas a Dios y no sabes por dónde empezar, aprende a rezar y tómate la molestia de rezar todos los días. Se puede rezar en cualquier momento, en cualquier parte. No hace falta estar en una capilla o iglesia. Se puede rezar en el trabajo: el trabajo no tiene que impedir la oración, como la oración no tiene que impedir el trabajo. También se puede pedir ayuda a un sacerdote o pastor, o intentar hablar directamente con Dios. Límitate a hablarle. Díselo todo a Él. Él es nuestro padre, Él es el padre de todos nosotros, sea cual sea nuestra religión. Todos hemos sido creados por Dios, somos sus hijos. Debemos poner nuestra con-

fianza en Él y amarlo, creer en Él, trabajar para Él, confiar en Él. Y, si rezamos, conseguiremos todas las respuestas que necesitamos.

Sin oración, yo no podría trabajar ni siquiera media hora. Dios me da fuerzas a través de la oración, algo que entienden todas las hermanas, incluida la hermana Dolores, que lleva veinticinco años en nuestra congregación y ahora dirige el Nirmal Hriday, el hogar para moribundos e indigentes de Calcuta.

Todas las mañanas, cuando se despiertan, las hermanas saben lo que tendrán que soportar una vez más, y a veces se hace muy difícil. La oración nos da fuerza, nos sostiene, nos ayuda y nos proporciona toda la alegría para realizar la tarea necesaria. Empezamos el día con las oraciones y la misa y lo terminamos con una hora de adoración a Jesús. Para actuar de continuo y dar de continuo se necesitan las gracias de Dios: sin ellas, nos sería imposible vivir.

También la hermana Charmaine José, responsable del hogar infantil Shishu Bhavan de Calcuta, dice: No sé cómo podríamos soportar este calor y este trabajo tan intenso sin rezar, pero como todo el trabajo que hacemos es para Él, somos felices.

La hermana Kateri, superiora de nuestro hogar en el Bronx de Nueva York, lo explica basándose en su propia experiencia:

Lo más importante que puede hacer un ser humano es rezar, porque hemos sido creados por Dios y nuestro corazón está inquieto hasta que descansamos con Él. Y es en la oración cuando esta-

blecemos contacto con Dios. Hemos sido creados para el Cielo y no llegaremos a él si no rezamos de *alguna* manera. La oración no tiene que hacerse necesariamente de una manera formal.

Yo solía compartirla con los hombres en la cárcel que frecuentaba. Les ponía un ejemplo: si tuvierais que emprender un viaje, ¿qué necesitaríais? Y los hombres decían: «Un coche y gasolina.» (Hubo uno que dijo: «¡Música!») Fue un momento muy gracioso, porque decidimos que la oración era la gasolina, el coche era nuestra vida, el viaje era hacia el Cielo, se necesitaba un mapa, saber hacia dónde íbamos, etc. Creo de verdad que la gasolina de nuestra vida es la oración y que sin ella no llegaremos a nuestro destino y no conseguiremos realizarnos.

Cómo rezar: un simple contacto con Dios

Empieza y acaba el día con una oración. Acércate a Dios como un niño. Si te parece difícil rezar, puedes decir: «Ven, Espíritu Santo, guíame, protégame, libera mi pensamiento para que pueda *rezar*.» O, si rezas a María, puedes decir: «María, Madre de Dios, acéptame ahora como Madre y ayúdame a rezar.»

Cuando reces, da gracias a Dios por todos sus dones porque todo es de Dios y un don que Él nos concede. Tu alma es un don de Dios. Si eres cristiano, puedes decir la plegaria del Señor; si eres católico, el padrenuestro, la salve, el rosario, el credo: todas las oraciones habituales. Si tú o tu familia tenéis unas devociones propias, rezad según ellas.

Si confías en el Señor y en el poder de la oración podrás superar todos los sentimientos de duda, temor y soledad que suelen sentir las personas.

Si algo te remuerde la conciencia, puedes ir a confesarte si eres católico y salir totalmente limpio, porque Dios lo perdona todo a través del sacerdote. La confesión es un maravilloso don de Dios al que podemos acercarnos manchados de pecado y salir totalmente purificados. Sin embargo, tanto si vas a la confesión como si no, tanto si eres católico como de otra religión, debes aprender al menos a pedir perdón a Dios.

Todas las noches antes de acostarte debes hacer un examen de conciencia. (¡No sabes si estarás vivo a la mañana siguiente!) Si algo te preocupa, o si has hecho algo malo, debes remediarlo. Por ejemplo, si has robado algo, intenta devolverlo. Si has herido a alguien, intenta disculparte directamente. Si no puedes hacerlo, al menos discúlpate con Dios diciendo: «Lo siento mucho.» Es importante hacerlo porque del mismo modo que hacemos actos de amor, también debemos hacer actos de contrición. Puedes decir: «Señor, siento haberte ofendido y prometo intentar no volver a ofenderte», o algo así. Es muy agradable estar libre de cargas, tener un corazón limpio. Recuerda que Dios es misericordioso, Él es el Padre misericordioso de todos nosotros. Nosotros somos sus hijos y Él nos perdonará y olvidará si nosotros nos acordamos de Él.

Pero primero examina tu corazón para ver si queda todavía en él alguna necesidad de perdón a los

demás, porque ¿cómo podemos pedir perdón a Dios si no podemos perdonar a los demás? Recuerda que, si te arrepientes de verdad, si lo deseas fervientemente con un corazón limpio, serás absuelto a los ojos de Dios. Él te perdonará si te confiesas con sinceridad. Reza, pues, para poder perdonar a aquellos que te han herido o que no te gustan, y perdónalos como tú has sido perdonado.

También puedes rezar por el trabajo de otros y ayudarlos. Por ejemplo, en nuestra comunidad, hay ayudantes pasivas que ofrecen sus oraciones por una hermana que necesita las fuerzas para llevar a cabo su trabajo activo. Y también están las hermanas y hermanos contemplativos que rezan por nosotras todo el tiempo.

Conocemos muchas experiencias sobre el poder de la oración y la respuesta que Dios nos da siempre. Un sacerdote, el padre Bert White, hizo una visita a Calcuta porque estaba interesado en nuestro trabajo. Llegó en el momento justo:

Iba de viaje para ver el trabajo de la Madre Teresa y de las Misioneras de la Caridad y decidí asistir a misa en la Casa Madre. Al llegar a la puerta, una hermana me saludó y me dijo: «Gracias a Dios que ha llegado; padre, entre.» Yo dije: «¿Cómo sabe que soy sacerdote?», pues no llevaba sotana, y ella me respondió: «Como el padre que suele decir la misa no podía venir, le hemos pedido a Dios que nos enviara otro».

Haga de su familia una familia de amor

Es necesario orar por los niños y en familia. El amor empieza en el hogar y por esta razón es importante orar juntos. Si la familia reza unida permanecerá unida y sus miembros se amarán unos a otros como Dios nos ama a cada uno de nosotros. Sea cual sea nuestra religión, debemos rezar juntos.

Los niños deben aprender a rezar y los padres deben rezar con ellos. Si no se hace así, será muy difícil recibir la bendición de Dios, seguir adelante, fortalecer nuestra fe.

La hermana Theresina, superiora regional de las Islas Británicas e Irlanda, comparte su experiencia al respecto:

Es en la familia donde el niño debe adquirir la primera formación espiritual, que deberá nutrirse y crecer dentro de ella. Ahora no ocurre así. La mayoría de los padres que establecen contacto con nosotras han perdido la fe y, por tanto, han perdido todo tipo de dependencia de Dios. Se ven privados de todos los dones que Dios puede darles para educar a sus hijos adecuadamente; se ven privados de la sabiduría y el discernimiento para guiar a sus hijos cuando es necesario. Muchos padres me dicen: «Lo siento, no puedo dominar a mis hijos, son incontrolables.»

Hay tanto sufrimiento en las familias actualmente que es importante rezar, y es importante perdonar. La gente me pregunta qué consejo daría yo a una pareja casada con problemas en su relación.

Siempre respondo: «Rezad y perdonad»; y a los jóvenes que proceden de familias violentas: «Rezad y perdonad»; y a la madre soltera sin apoyo familiar: «Reza y perdona». Puedes decir: «Dios mío, te quiero. Dios mío, perdóname. Dios mío ¡Oj creo en Ti. Dios mío, confío en Ti. Ayúdanos a amarnos los unos a los otros como Tú nos amas».

Como hermana de las Misioneras de la Caridad, no tengo muchas oportunidades de estar sola. Elegir una vida de pobreza suele llevar consigo una falta de intimidad" no tenemos habitaciones privadas para rezar y conter ar en solitario. Sin embargo, una vez tuve la oportunidad de estar sola durante un día y, en realidad, lo que más deseaba hacer era leer: me encantan los libros y normalmente estoy tan ocupada que me olvido de leer, aunque me gusta de verdad. El libro que encontré, que fue un regalo de Dios porque era exactamente el que necesitaba leer, era una recopilación de escritos de santa Catalina de Siena. Ella se había encontrado con el mismo dilema en la Italia del siglo XIV: intentar rezar y estar en silencio en una casa donde vivían veinticinco niños. Escribió que cada uno de nosotros necesita encontrar una "celda" dentro de sí mismo para retirarse a rezar y estar con Dios. Su idea era que, como la mayoría de nosotros no podemos irnos a la montaña para ser ermitaños en una cueva, debemos descubrir este lugar especial dentro de nosotros. Creo que podemos y debemos hacer lo que nos aconseja. Entre todas las demás obligaciones de la vida, necesitamos aprender a orar y a encontrar un ambiente de silencio, aunque sea en una casa o una ciudad bulliciosa.

Tomado de *Camino de Sencillez*

2. HUMILDAD. FOTO ROBOT DE LA SOBERBIA

Esta vez es San Marcos quien nos ha conservado una escena encantadora de Cristo con sus discípulos: «Llegaron a Cafarnaúm y una vez en casa les preguntó: ¿De qué discutíais por el camino? Ellos callaron, pues por el camino habían discutido entre sí quién era el mayor» (Me 10, 33-34). Llevaban ya un cierto tiempo con el Señor; habían visto sus milagros; habían escuchado sus palabras; y, sin embargo, surge entre ellos esa discusión. Seguramente, alguno habría dado a entender que él tenía derechos para estar por encima de los demás, y los otros, ofendidos, se lo habrían discutido. Entonces, el Señor quiso darles una lección, y les puso como ejemplo a un niño: «Yo os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 3-4).

¡Qué bien comprendemos lo que sucedía a aquellos apóstoles! ¡Qué humana es la ambición y el egoísmo! Y siempre llevan el mismo acompañamiento: desuniones, riñas, rencores... Como sentencia el libro de los Proverbios (13,10): «la soberbia sólo ocasiona disputas».

La soberbia es **el origen de casi todos los males humanos**. Es el vicio que más daña a cada persona y a la sociedad. Consiste en el **amor desordenado de uno mismo**, o, como expresa Santo Tomás de Aquino, en «el apetito desordenado de la propia excelencia» (5. Th, 2-2, q. 162, a. 2, c.): es la afición a lo propio, sin medida.

Es un amor desordenado y desmedido, porque uno acaba amándose a sí mismo más de lo que merece, y se tiene por mejor y más digno de consideración de lo que realmente es. Por eso, en el origen de la soberbia—en su núcleo—hay un error, una falsa medida, **una mentira sobre sí mismo** con la que cada uno se engaña; y que, por su propia naturaleza, **crece**, ofuscando el entendimiento.

Todos tendemos a **considerar con detenimiento nuestras cualidades y a pasar por alto nuestros defectos**. Si no estamos atentos, la imagen que de nosotros nos hacemos se embellece injustamente y nos vamos encontrando cada vez más dignos de nuestro propio amor. Apreciamos siempre más, y nos enorgullecemos de nuestras cualidades físicas, de nuestra' inteligencia, de nuestros conocimientos, de nuestras acciones, de nuestra experiencia, de los servicios que hemos prestado... , incluso de nuestra piedad. A medida que nos aficionamos a pensar en nosotros y en lo que hacemos, nuestras cualidades se agigantan, mientras se olvidan las miserias y limitaciones que las acompañan. Quien ha prestado un servicio, acaba olvidando, quizás, las imperfecciones con que lo ofreció. Y quien se siente muy inteligente, tiende a disculpar—e incluso a desconocer—sus errores teóricos y sus lagunas.

De este modo, crece la estima que cada uno tiene de sí. El vicio de **destacar lo bueno y desconocer lo malo**—el engaño sobre sí mismo—llega a ser tan fuerte que se puede acabar perdiendo finalmente toda capacidad crítica y caer en el ridículo. En la sociedad humana, siempre resulta algo grotesca la persona

que resulta demasiado **pagada de sí misma**, y que presume ostensiblemente de su altura, de la belleza de sus ojos, del precio de su abrigo, de su ciencia... Los humanos toleramos mal la vanidad del vecino y tendemos a escarnecerla.

Quien siente gran estima de sí **tiende a que los demás la compartan**. No se conforma con contemplarse y autocomplacerse, sino que desea que también los demás-rindan tributo a su perfección. De aquí surge la **vanidad**, ese afán ridículo de mostrar lo que cada uno considera valioso de sí. El vanidoso se deja llevar por el **deseo de distinguirse en lo que sea** y, a veces, llega incluso hasta la hipocresía; es decir, **hasta el fingimiento**, dando a entender que es más rico, más sabio, más hábil o mejor deportista de lo que realmente es. El artificio es tan eficaz que, al final, el mismo hipócrita encuentra dificultad en distinguir lo que es real de lo que ha inventado.

El amor propio inclina a **centrar la vida sobre uno mismo** y cuando menos, es fuente permanente de **desatenciones para con los demás**. El que es soberbio no se acuerda de que existen los demás, porque está centrado en sus cosas; consume todas sus energías en satisfacer sus ambiciones o sus caprichos, y esto hace del soberbio—del egoísta—un ser antisocial.

Si está con otros, **tiende a hablar de sí mismo**—incluso de las propias enfermedades o sueños, si no tiene nada más brillante a que acudir—y a exigir la atención de los demás. A veces, incluso, la provoca artificialmente. Está inclinado a **juzgar con severidad**

a los otros y en todas sus afirmaciones sobre ellos hay una **comparación implícita consigo mismo**; por eso, suele ser muy crítico con respecto a los que, de alguna manera, le aventajan; y despreciativo y cruel con los que considera inferiores. Esas comparaciones son, además, el origen de la **envidia**, que va siempre acompañada de inquietudes, de pequeños rencores y a veces, de bajezas grotescas en el intento de superar a los que le aventajan o de restarles méritos.

El que siente gran cosa de sí mismo es muy sensible a los juicios de los demás: **mendiga los halagos** (que tiende a creer siempre merecidos) y **no perdona las críticas**. Todo es motivo de agravios y ofensas. Y como esto tiene su origen en una hipersensibilidad hacia lo propio, se produce una espiral de complicación que sube sin remedio. **Echa en falta atenciones** que cree merecidas; y lo que considera falta de consideración para su persona, **da lugar a agravios** que no se borran. Si entonces pierde la confianza en las personas que le rodean, **todo será motivo de ofensa**: si no se ocupan de él, se quejará de descuido, y si se ocupan, le parecerá que es hipocresía o burla. De aquí surgen un sinfín de **rencores** y de odios que ensombrecen la vida del soberbio y hacen insoportable la convivencia.

El que *se* ama mucho es especialmente sensible a su opinión. Cree hallarse en posesión de la verdad y **tolera mal que le contradigan**. Tiende a colocarse en posturas extremas sólo por la satisfacción de distinguirse. Y defiende sus opiniones con tal convicción forzada, que es imposible prácticamente contradecirle y hacer que cambie de opinión. Este defecto pro-

duce muchas veces inconvenientes en la vida científica y académica, pues quita la flexibilidad necesaria para aceptar las opiniones de otros y corregir los propios errores. A veces, se mantienen auténticas dictaduras intelectuales, que no tienen otro fundamento que la soberbia de una mente egregia, pero también sometida al error como todas. La soberbia es el pecado más característico del espíritu y por eso **se ceba en las personas más valiosas**; éstas se engañan más fácilmente con sus buenas cualidades y olvidan sus miserias.

El último efecto característico de la soberbia es la **tendencia a someter a los demás** y la dificultad, en cambio, que produce para someterse a otros. El soberbio tiende a imponerse, pero **se resiste a obedecer**; le cuesta someterse a la norma y hacer lo que todos hacen. Si no puede mandar, al menos **gusta de ser la excepción**. Por eso mismo, tiende a ser muy cruel y crítico con los que le gobiernan. Y cuando ha ocupado cargos de importancia, o se considera vestido de alguna autoridad por méritos pasados, se agudiza la tendencia a distinguirse y a rebelarse. Son lo que Santa Teresa llamaba «puntos de honra» y «mayorías» (méritos adquiridos): «En los movimientos interiores se traiga mucha cuenta, en especial si tocan en mayorías, Dios nos libre, por su Pasión, de decir ni pensar para detenerse en ello: "si soy más antigua en la Orden", "si he más años", "si he trabajado más", "si tratan mejor a otra". A estos pensamientos, si vinieran, es menester atajar con presteza, porque si se detienen en ellos o los ponen en plática, es pestilencia y de donde nacen grandes males» (Camino de perfección, 12, 4).

Es, sin duda, el pecado más grave, porque es el que más daño hace. Vicia profundamente la capacidad del hombre para relacionarse con los demás y con Dios, que es la más alta capacidad del espíritu.

Pues el espíritu crece en la medida en que se da en la amistad y en el amor, en la medida en que sale de sí mismo para entregarse a otros; pero la soberbia inclina a ser el propio centro, y **cierra el espíritu sobre sí mismo**. Se pierde la facilidad para darse y se empequeñece el alma en los estrechos horizontes de aspiraciones egoístas.

El soberbio **se siente autosuficiente**, no le gusta necesitar nada fuera de sí, ni reconocer nada superior a sí. Por eso, es el vicio más opuesto a la relación normal del hombre con Dios. «El comienzo del orgullo del hombre es alejarse del Señor, cuando apartó su corazón del Creador» (Sir 10,12). El hombre que no está dispuesto a reconocer sus miserias y, por tanto, la gran necesidad de ayuda que tiene, difícilmente puede encontrar a Dios. No hay sitio para Él en su vida, porque tiende a darse a sí mismo la atención y el amor que debiera haber entregado a Dios, y piensa que son suyos los dones que ha recibido de El.

Dios es muy sensible a la soberbia humana: «aborrezco la soberbia y la arrogancia» (Prov 8, 13), porque sabe el daño que hace en el corazón del hombre. En cambio, se siente inclinado a amar al humilde: «Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da su gracia» (1 Pe 5, 5).

Tomado de *Para ser cristiano*, J.L. Lorda

3. GENEROSIDAD

¡Mi dinero, mis tierras, mis posesiones!

Cómo corren los «míos» y los «tuyos» en el gran mercado de los poderosos.

¡Mi escudilla, mis harapos, mi miseria!

Cómo vuelan los «míos» y los «tuyos» en el inmenso círculo de los menesterosos.

¡Mis libros, mis amores, mi familia!

Cómo cantan los «míos» y los «tuyos» en el grandioso campo de los trabajadores.

Y en los castillos de los avaros...

Y en las empresas de los ambiciosos.

Los posesivos son el pan de cada día.

Ya no podremos decir que debemos amarnos como hermanos: a lo sumo, como amigos. ¡Si los hermanos se odian por luchas de egoísmo!

Y el rico desprecia dando, y el pobre se humilla extendiendo la mano.

Y dan con el gesto de quien arroja mendrugos a los perros malditos.

Y en sus labios se dibuja la compasión, y es mentira. De sus manos cae el dinero... y chorrea sangre. Hablan de resignación al enfermo, y en su corazón lo desprecian.

Se buscan las ventajas y el brillo, y se ofrece lo que menos cuesta.

Cálculos y enmiendas antes de exclamar "es tuyo".

Todos pretenden ser amigos, pero ¡qué pocos quieren serlo!

La tacañería nos envuelve a todos con sus despojos. Todo lo que tocamos se ensucia con el "mío" y el "tuyo".

También en lo sobrenatural hemos metido el veneno.

De la misma forma que se da a los hombres, con codicia, se ofrece el corazón a Dios.

Para los mezquinos, Dios no es más que el poderoso a quien se acude a arrebatarle unas gracias, un poco de salud, otro poco de dinero, algo de lástima para nuestros dolores... Y así nuestros Sagrarios se llenan de lloros y de penas, de súplicas y lamentaciones. Dios ha dejado de ser el Dios - Amigo.

Parece que nos hemos propuesto, entre todos, tenerle serio a nuestro Dios.

Cuando sufrimos vamos a patalear al templo. Las alegrías las gozamos en hosco silencio, vueltas las espaldas al Señor. ¡Y Él, que es amigo de las sonrisas! . . .

El egoísmo de nuestros tiempos hace que la gente no entienda por generosidad más que limosna (...)

Hoy los cristianos, también los hombres en general, **viven con la esperanza de recibir, no sienten la alegría de dar.** Por eso no saben lo que es amar. No entienden que para amar hay que darse.

Con muchos cristianos se sigue la misma táctica que con los niños pequeños: **hay que prometerles un regalo** para que tomen la medicina. Para que den limosna hay que darles teatros, rifas y fiestas. Para que acudan al centro de apostolado -y esto los más generosos- hay que montarles un billar.

¡Qué se nos tenga que engañar para cumplir como cristianos!

El que venga al Cristianismo a buscar algo con miras egoístas se debe marchar; no encontrará más que una cruz tosca, hecha para criminales, en la que un Dios le presenta unas manos llagadas, pero abiertas y suplicantes.

En esas manos, los cristianos podemos dejar dinero, libros, inteligencia, trabajo e ilusiones. El rostro de Dios crucificado continúa suplicante. Es que pide el corazón.

"Ofrecéis a vuestros dioses -dice Papini- lo que menos os cuesta: genuflexiones, silabeos, perfumes y cantos; pero raramente sabéis ofrecer vuestra alma y vuestra vida. Vuestro corazón no pertenece a lo eterno, sino que está sujeto al vientre, al sexo, a la codicia ladrona y homicida".

Generoso llamamos al que se desprende de unas pobres monedas.

¡Qué mezquinos somos los hombres con nuestro Dios!

El mundo compadece a los cristianos que se deciden del todo a ponerse al servicio del Señor. Y los compadece porque está incapacitado -tal es su egoísmo- para comprender el motivo de esas "decisiones".

Y contra esa "compasión" infame tenemos que alzar el grito, porque no podemos consentir que los egoístas sigan entendiendo que son los desengaños los que hacen ¡r a los hombres por el camino de Dios.

Eso sí quiero decirte: que no son los destrozados por el destino los que buscan cobijo en la pobreza voluntaria; que no son los despreciados por el mundo los que vigorosamente tienden su mano a Dios; que no son los despersonalizados los que se encadenan a una obediencia pronta, delicada y amorosa; que no son los castrados ni los que aborrecen el matrimonio los que sujetan su carne para vivir del espíritu. "Que no son los timoratos y angustiados los que eligen esa vida como refugio de salvación". Son precisamente los varones más fuertes -los más generosos-, los más valerosos y menos egoístas, los que queman sus vidas en servicio constante por un ideal, por el más noble de todos los ideales.

En mala hora aprendimos el aforismo "in medio virtus". ¡Y lo aprendimos mal! Nos quedamos con el lema sin querer entender lo que significaba; nos daba miedo ahondar en él.

Nunca han querido estimularnos los teólogos a una vida mediocre con ese "justo medio" en que se halla la virtud. Esta es la verdadera interpretación. El justo medio es una cumbre entre dos posturas falsas. Así la fortaleza se encuentra entre el miedo y la temeridad.

Es la comodidad la que nos ha dado esa segunda interpretación del justo medio: una postura burguesa entre dos aguas, con la que nosotros fabricamos un comodín que nos resuelve todos los caprichos.

Entre todas las virtudes nos hemos quedado con una y la hemos llamado falsamente prudencia; una virtud cómoda que nos alienta en todas las ocasiones a quedarnos a mitad de camino.

Circunstancias hay en la vida que exigen del hombre una postura claramente definida; no se permiten los titubeos, se es o no se es: sin términos medios. Y el católico, el cristiano de ahora, ha de tomar una posición clara y consciente en la lucha que se avecina, que promete ser gigantesca, porque, o emprendemos la aventura de hacer algo serio en esta vida, de acuerdo con nuestro ideal, para lo cual habremos de poner por obra y en tensión todas las facultades humanas de que gozamos, o tendremos que dejar de llamarnos cristianos. En las luchas del espíritu no se permiten los bandos neutrales, ni los no beligerantes, ni hay posibilidad de librarse por huida. Todos actuarán en una u otra posición. En la "tierra de nadie" solamente quedan los cadáveres.

Pero hablan los «virtuosos» de ahora: "Sed prudentes, muy prudentes". "No derrochéis la vida". "Daros, pero con medida". "Los excesos, de cualquier orden que sean, pueden perjudicar vuestra juventud". "Prudencia, prudencia".

No queremos oírles. No les escuchéis.

Las virtudes teologales no tienen términos medios. No hagáis caso de esos consejos cobardes que no vienen de los teólogos sino de los tramposos.

¿Es que podemos creer demasiado a Dios?

¿Podemos confiar excesivamente en el Padre?

¿Podemos en esta tierra amar con exceso a Cristo? No os dejéis engañar.

Creemos lo Increíble; confiaremos en lo Imposible; pondremos nuestra razón en la misma Locura de la Cruz.

De estos prudentes dijo el Espíritu, por boca de Zacarías (XIII, 6): "Y le dirán... ¿qué heridas son esas que llevas en las manos ? Y Él responderá: Estas llagas que ensangrientan mis manos me las hicieron en la casa de aquellos que me amaban"

Abre tus ojos y te enamorarás del Dios que llegó a la Locura de la Cruz. Mira: ¡La Cruz! ¡La Cruz! Abre ahora tus oídos y escucha a los teólogos de la Verdad: era suficiente una sola gota de sangre de ese Enamorado, "la más ligera humillación de Cristo, un solo deseo que hubiera brotado de su corazón", para la redención completa de los mortales.

Tomado de *El valor divino de lo humano*, J. Urteaga

4. LA MIRADA DEL DIOS VIVIENTE

El capítulo 22 del Génesis nos relata la hora más penosa en la vida de Abrahán, cuando Dios lo probaba y le exigía el sacrificio de su hijo, esperado ansiosamente por muchos años. Abrahán obedecía, confiadamente, hasta el punto de merecer la promesa de Dios. En el instante más duro de este caminar de fe, lo llamó el Ángel del Señor para librarlo de la prueba. "Abrahán llamó a aquel lugar de Dios Provee". Mientras lo envolvían las tinieblas de la prueba, tuvo la sensación de encontrarse en plena oscuridad, sólo, en la destrucción total. Cuando el Ángel lo llamó, se disiparon las tinieblas y comprobó que no había sido abandonado, sino que se encontraba bajo la mirada tierna del Señor.

El misterio de la mirada de Dios

Es Dios quien nos mira. ¡Oh misterio insondable de la mirada del Dios viviente! La mayor parte de las cosas del mundo no las puedo ver, porque están muy lejos de mí y mis ojos no las alcanzan. Hay dimensiones demasiado grandes para que mi vista pueda dominarlas. Hay cosas tan pequeñas que ni siquiera las percibo. En cambio, Dios todo lo ve. Los desiertos y las montañas, los abismos, las profundidades del mar y de la tierra. El sol, las estrellas, la inmensidad del universo. Todo lo ve, aun lo inasible e invisible de la naturaleza.

Lo que ocurre en este momento, en cualquier lugar.

Lo sucedido en las infinitas horas del pasado.

Lo acontecido en la prehistoria, cuando no había vida humana.

Dios lo veía todo. Siempre hay un ojo abierto mirando el universo, una mirada que "lo abarca todo, lo penetra todo y lo trasciende todo".

No es esto, sin embargo, lo más grande. En la Biblia leemos: "El hombre mira las apariencias, pero Dios mira el corazón". Los límites más profundos del hombre están en el hombre mismo. En él hay una vida interior y una vida exterior. En cualquiera de sus manifestaciones externas, movimientos, actitudes, refleja su interior. La vida interior determina la exterior y le ofrece todos sus recursos. Esta vida interior, ¿la podemos percibir claramente?

Alguien manifiesta alegría en sus comportamientos, mientras en su interior hay, tal vez sentimientos de antipatía o rencor. Unas veces es posible darse cuenta de ello o sentir alguna duda de conciencia. Sin embargo, hay personas que han logrado tal control en sus comportamientos, que ni la persona más atenta logra sospechar lo que hay tras ellos. Pero Dios ve todo lo que hay escondido en el corazón y no manifestado, ni en los rostros ni en las actitudes. Por más poderosa que sea la voluntad y engañoso el juego de los gestos, por más que toda la mentira de la naturaleza actúe en un hombre, para Dios todo esto es un libro abierto.

El valor de las obras está en las motivaciones

Lo que da a una acción su sentido, es la razón por la que obramos. Observamos el servicio que uno presta a otro, pero puede tener otras intenciones. Posiblemente, el que prestó un servicio no quiera el bienestar de su prójimo sino que vaya tras sus propios intereses. Le ayuda, pero si le preguntáramos "¿Por qué lo haces?" muy probablemente nos respondería: "Porque deseo serle útil". Al contestar de este modo no ha mentado, pues él así lo piensa. Si va un poco más a fondo, se da cuenta de que en su acción había otra intención: que lo vieran los otros. Tras la primera motivación se escondía su vanidad. Y, con mucha probabilidad, la vanidad no es, tampoco, el motivo más profurrao. Tal vez lleguen a conocerse otras motivaciones bien diferentes que nos pueden parecer supremamente raras.

De esta manera un motivo se puede esconder detrás de otro, mezclarse con los demás y entrecruzarse hasta formar un conjunto complejo de motivaciones en nuestras actividades, conjunto anímico, hecho de capas diversas de disimulos, disfraces, hipocresías. ¿Quién podría penetrar con su mirada todas estas cosas?

La vida exterior del hombre brota de sus intimidades profundas. Cuando se hacen Investigaciones para encontrar las raíces, pasamos de una capa a la otra. Posiblemente no lleguemos hasta la profundidad, pero tal vez descubramos un abismo sin fondo. También aquí Dios ve. El conoce de qué está hecho el hombre. Distingue lo verdadero de lo falso, la expresión del pensamiento, la máscara de lo original. Para él son evidentes las raíces, el fondo, el origen.

A veces, uno obra equivocadamente, de forma torpe e inadecuada. Sin embargo, sus intenciones eran completamente otras y las cosas no han ido como las habíamos planeado. Otro pensó decir unas cosas y no encontró las palabras para expresarlas... Un tercero quería dar forma a un sentimiento, pero no le han obedecido ni sus palabras ni sus actitudes... Nos suele suceder que sabemos con precisión lo que debemos y queremos decir pero nos callamos. No podemos hablar, sencillamente.

También nos ocurre, ocasionalmente, que deseamos algo sin saber a ciencia cierta qué. Entonces, nos sentimos interiormente inquietos, ansiosos, y no sabemos la causa. Son casos en los cuales

el misterio se encuentra más profundamente arraigado en nosotros. Por eso, los pensamientos no tienen libertad, ni están clarificados los conceptos interiores, ni las palabras que los expresan. Esto ocasiona al hombre muchos problemas y permite que se cometan muchas injusticias. Pero lo que el hombre no ve, Dios lo ve. Él ve y oye todo lo que en el hombre no encuentra expresión o no ha llegado el momento de manifestarse.

Cuando la Biblia quiere dar a entender que algo se encuentra en la frontera de la verdad dice, sencillamente, que las cosas son así "ante Dios", que están ante la mirada del Señor, que las penetra hasta el fondo, las escucha en su más profundo silencio y las confirma, por consiguiente, en eso que desean ser. Lo que las cosas son "ante Dios", son "ante los hombres" y "ante ellas mismas". No hay diferencia. Todo lo que ocurre, ocurre ante Dios. Dios pronuncia su palabra y da su juicio sobre todo lo que existe y sobre todo acontecimiento. Todo lo ve el Señor, en su conjunto y en cada uno de sus detalles, en su exterior y en su interior, en sus causas y en sus consecuencias, en su origen y en su evolución.

La mirada protectora de Dios

La mirada de Dios no desnuda al hombre sino que lo protege. Ser visto por Dios no significa encontrarse a la mirada pública, sino tener la máxima protección de su amor. La mirada de los hombres destruye, a menudo, el secreto del hombre, mientras que la mirada de Dios lo mantiene. No podemos hacer nada

mejor que refugiarnos en la mirada de Dios. Cuanto más profundamente conozcamos a Dios, tanto más se vuelve ardiente nuestro deseo de mantenernos siempre ante su vista. Él nos ve siempre, querámoslo o no. Pero es bien distinto querer evadirnos de su mirada, que ofrecernos voluntariamente a ella, es decir, entender lo que significa su mirada, aceptarla con afecto y desear que también aquí se cumpla la voluntad de Dios.

Nada mejor que ofrecer a la mirada de Dios lo que somos y tenemos. "Señor, aquí estamos. Aleja de nosotros los miedos que nos quieren detener. Quítanos la indolencia, la vanidad y el falso concepto del honor. Que todas estas cosas se vayan. Mira lo bueno, Señor. Mis defectos, míralos también. Todo lo feo, injusto, malo, miserable, todo, míralo, Dios mío".

A veces, no es posible hacer otra cosa. Que al menos lo mire él. Muchas veces no logramos arrepentimos con la sinceridad del caso. Pues que al menos Dios lo vea. Es más, Dios debería ver todo nuestro mundo interior, aunque todavía fuésemos incapaces de arrepentimiento.

Siempre hay en nosotros, algo defectuoso y malo, pero estos límites no nos producirán la muerte, si nos exponemos a la mirada de Dios. Con solo querer voluntariamente que lo ojos de Dios nos vean, ya hemos puesto el punto de partida de nuestra propia renovación. Todo es posible cuando Dios lo quiere. Todo se encuentra en peligro cuando Dios no lo quiere.

Tomado de *El espíritu del Dios viviente*, R. Guardini

5. LA CONTRICIÓN. ¿CUÁNDO ES REAL EL DOLOR?

A veces chocamos con alguien en la calle o el autobús y decimos: «Lo siento» Lo decimos por cortesía, aunque no lo sintamos en absoluto. Por dentro nos sale exclamar: «¿Por qué no mirará éste por dónde va?» O si alguno se molesta por algo que hemos dicho con toda inocencia, decimos: «Lo siento», aunque por dentro estemos comentando: «¿Por qué será éste tan susceptible?»

Es muy fácil multiplicar los ejemplos de ocasiones en que la gente dice «lo siento» sin sentirlo. Pero a lo que aquí vamos es que si nos disponemos a recibir el sacramento de la Penitencia, o nuestra contrición es cien por cien sincera o es mejor no ir a confesarnos en absoluto. Recibir el sacramento de la Penitencia sin dolor verdadero es hacer una confesión indigna, y el sacramento sería inválido e infructuoso. Si no tenemos contrición auténtica, Dios no nos perdonará los pecados. ¿Cómo podemos, pues, saber si nuestra contrición es auténtica o no? ¿Cuáles son los requisitos esenciales de un acto de contrición genuino?

Los teólogos enumeran cuatro condiciones. El primero y más evidente de los requisitos es que la contrición sea interior. Cuando decimos a Dios «siento haberte ofendido» no es un mero acto de, cortesía lo que estamos haciendo, no es la obligada excusa cortés. Nuestro corazón debe estar en nuestras palabras. Sencillamente, debemos querer decir lo que decimos. Pero esto no significa necesariamente que debamos

sentir un dolor emocionante. Como el amor, el dolor es un acto de la voluntad, no un golpe de emoción. Igual que podemos amar a Dios sin experimentar sensaciones, podemos tener un profundo dolor de nuestros pecados sin que nos produzca reacción emocional alguna. Si con toda sinceridad nos determinamos a evitar todo lo que pueda ofender a Dios, con la ayuda de su gracia, entonces tenemos contrición interior.

Además de interior, nuestra contrición debe ser sobrenatural. La razón se basa en el «porqué» de nuestra contrición. Si un hombre siente emborracharse porque le da una resaca tremenda, ese dolor es natural. Si una mujer siente su murmuración maliciosa porque le ha hecho perder a su mejor amiga, ese dolor es natural. Si un niño siente su desobediencia porque le darán unos azotes, es dolor natural. Este dolor natural no tiene nada que ver con Dios, el alma o motivos sobrenaturales. No es que ese dolor sea malo, pero sí insuficiente en relación con Dios.

Nuestro dolor es sobrenatural cuando nace de consideraciones sobrenaturales; es decir, cuando su "porqué" se basa en la fe en algunas verdades que Dios ha enseñado. Por ejemplo, Dios nos ha dicho que debemos amarle sobre todas las cosas y que pecar es negarle ese amor. Dios nos ha dicho que un pecado mortal causa la pérdida del cielo y nos merece el infierno, y que el pecado venial debe ser satisfecho en el purgatorio. Nos ha dicho que el pecado es la causa de que Jesús muriera en la cruz y que es una ofensa a la bondad infinita de Dios. Nos ha dicho que el pecado es

odioso por su misma naturaleza. Cuando nuestro dolor se funda en estas verdades que Dios ha revelado, es dolor sobrenatural. Se ha elevado por encima de meras consideraciones naturales.

En tercer lugar, nuestro dolor debe ser sumo. Es decir, debemos ver realmente el mal moral del pecado como el máximo mal que existe, mayor que cualquier mal físico o meramente natural que pueda ocurrirnos. Significa que, cuando decimos a Dios que nos arrepentimos de nuestros pecados, estamos dispuestos, con la ayuda de su gracia, a sufrir cualquier cosa antes que ofenderle otra vez. La frase "con la ayuda de su gracia" es muy importante. El dolor sumo no excluye un sano temor de pecar otra vez si la victoria dependiera de solas nuestras fuerzas humanas. Al contrario, debemos desconfiar de nosotros y de nuestra autosuficiencia; debemos reconocer que dependemos de la gracia divina. Al mismo tiempo, sabemos que la gracia de Dios no nos faltará nunca si ponemos lo que está en nuestra mano. Sería un gran error tratar de comprobar si nuestro dolor es sumo o no imaginando tentaciones extraordinarias. Por ejemplo, carece de sentido que un hombre se pregunte: "¿Me mantendría casto si me encerraran en una alcohola con una mujer desnuda y seductora?" Sin culpa nuestra, Dios jamás permitirá que tengamos que enfrentarnos con tentaciones que superen nuestra capacidad de resistencia; y si Él permitiera tentaciones extraordinarias, podemos tener la certeza absoluta de que nos daría todas las gracias extraordinarias que necesitemos para vencerlas.

Nuestro dolor, interior, sobrenatural y sumo, debe ser, finalmente, universal. Esto significa que debemos arrepentimos de todos los pecados mortales sin excepción. Un solo pecado mortal nos separaría de Dios y nos privaría de la gracia santificante. O nos dolemos de todos o no podremos recuperar la gracia de Dios. O todos son perdonados o ninguno. Si diéramos cuatro bofetadas a un amigo, sería ridículo decirle: "Me arrepiento de tres de ellas, pero no de la cuarta."

Debe notarse que estas cuatro condiciones se aplican tanto a la contrición perfecta como a la imperfecta. Especialmente *de* la segunda condición la gente tiene a veces una noción equivocada y confunde el dolor natural con la contrición imperfecta, y no son lo mismo en absoluto. También la contrición imperfecta debe ser sobrenatural en sus motivos; debe basarse en una razón conocida por la fe, como la creencia en el cielo y el infierno, o la esencial fealdad del pecado. Un simple dolor natural no es contrición alguna, ni siquiera imperfecta.

Supongamos que he ofendido a un amigo mío difundiendo una murmuración sobre él. Queriendo recuperar su amistad, me excuso diciendo: "Siento lo que hice, Pedro, pero me reservo el derecho de hacerlo otra vez si me viene en ganas." No hace falta ser profesor de psicología para adivinar que Pedro seguirá ofendido, y con razón. Mi pretendida excusa no lo es en absoluto. Si de veras lamento haberle ofendido, me propondré no ofenderle otra vez.

Es lo mismo con las ofensas *a* Dios. No hay acto de contrición verdadera si no va acompañada del

propósito de enmienda. Este propósito no es otra cosa que la simple y sincera determinación de evitar el pecado en el futuro y las ocasiones de pecado en cuanto nos sea posible. Sin este propósito no puede haber perdón de los pecados, ni siquiera de los veniales.

Una ocasión próxima de pecado es cualquier circunstancia que nos pueda llevar a él. Algunas ocasiones de pecado son próximas por su misma naturaleza: libros y dibujos declaradamente obscenos, por ejemplo. Otras pueden ser ocasiones próximas sólo para determinados individuos. Así, un bar puede ser ocasión de pecado para quien le cueste vivir la templanza en la bebida; estacionar el coche a la luz de la luna puede ser ocasión de pecado para la joven pareja que viaja en él. Generalmente, las experiencias del pasado nos dirán cuáles son para nosotros ocasiones próximas de pecado. Al hacer el acto de contrición debe renunciarse resueltamente a todas estas amenazas a nuestro bien espiritual, provengan de personas, lugares, cosas o de determinadas actividades.

Debe notarse que nuestro propósito de enmienda -nuestra resolución de evitar el pecado y las ocasiones próximas de pecado- debe abarcar no sólo a los pecados mortales que hayamos cometido, sino a todos los pecados mortales posibles sin excepción. Sin esta universal resolución, ningún pecado mortal puede ser perdonado. La situación es distinta respecto al pecado venial. El pecado venial no nos separa de Dios, no extingue su gracia en nuestra alma. En consecuencia, es posible obtener el perdón de un pecado venial,

mientras otro queda sin perdonar. Esto implica que nuestro propósito de enmienda debe extenderse a todos aquellos pecados veniales que esperamos se nos perdonen, pero no necesariamente a todos los pecados veniales. Asirse a algún pecado venial, mientras se renuncia a otros, marca, evidentemente, un nivel muy bajo de amor a Dios. Pero aquí no estamos hablando de lo que es mejor, sino del mínimo necesario.

Sin dolor no puede haber perdón, y sin propósito de enmienda no puede haber dolor genuino. Este es un principio que resulta evidente, y, sin embargo, es posible que algunas personas que se horrorizarían ante el pensamiento de hacer una mala confesión ocultando un pecado mortal no sientan el mismo horror a una confesión invalida por falta de un propósito firme de enmienda. Si alguien es culpable de pecados mortales, no basta con que los diga al confesor o recite un acto de contrición rutinario. Si el penitente no está resuelta y sinceramente determinado a no cometer un pecado mortal de nuevo, su confesión es un acto de hipocresía. Es una confesión tan mala como la que resultaría de ocultar conscientemente uno o más pecados mortales al confesor.

Sin embargo, al subrayar la necesidad de hacer un propósito de enmienda sincero, debemos evitar el error de confundir el momento actual con las posibilidades del futuro. Una persona bien puede sentir así: "Me arrepiento sinceramente de mis pecados mortales y real y verdaderamente me propongo no cometer un pecado mortal otra vez. Pero conozco mi flaqueza, sé cómo, bajo presión, he quebrantado mis buenos propósitos del pasado. Ya antes me propuse no hacerlo

otra vez, pero lo hice. ¿Cómo puedo, pues, estar seguro de que mi propósito de ahora es firme?"

Podemos estar seguros de tener un firme propósito de enmienda ahora manteniendo nuestra mente en el ahora, y no buscarnos complicaciones imaginando un futuro hipotético. Aunque hayamos fallado en el pasado doce veces, cien veces, esto no significa que estemos condenados a fallar siempre. Esta puede ser la vez en que saltemos la valla. Precisamente ésta puede ser la vez en que, con la paciente gracia de Dios alcancemos el triunfo.

Aunque es un axioma avalado por un largo uso, no es cierto que el infierno esté lleno de buenas intenciones. El que está lleno de buenas intenciones es el camino del cielo; el del infierno está hecho de desánimos y desesperación. ¿Cómo podríamos triunfar si no lo intentáramos una vez, y otra, y otra aún, sin desanimarnos? El que escala una montaña puede avanzar tres pasos y retroceder dos; pero si es lo bastante tenaz, lo bastante recio, alcanzará la cima al fin.

Una persona que tenga la desgracia de caer en un hábito de pecado -sea de impureza, ira, contra la caridad o cualquier otra virtud- necesita especialmente convencerse de este tema del verdadero propósito de enmienda. Lo que cuenta en la confesión es este momento de ahora y esta intención de ahora. Puede que después haya más tropiezos y más caídas, antes de la victoria final. Pero el único pecador que es derrotado es aquel que deja de buscarla.

Tomado de *La fe explicada*, L.J. Trese

6. DIOS ESTÁ VIVO. ¿REALMENTE AMA?

Dios cuida todas sus creaturas

El pensamiento de **la divina providencia** recurre insistentemente en el Nuevo Testamento y no expresa, de verdad, lo que nos ha traído Jesucristo. Son muchas **las parábolas** que tratan el asunto, **la del gorrión** que no se cae del tejado sin que Dios lo advierta, o la parábola de **los pajaritos** a los que Dios alimenta y **las flores** que él viste. Todas quieren librarnos de la angustia; por los alimentos o los vestidos que necesitamos y animarnos a pedir confiadamente a Dios en cuyas manos está el futuro, nuestro pan de todos los días. Muchas veces el Nuevo Testamento, nos hace percibir el secreto de la providencia del Padre en la ternura de las palabras: "Su Padre, que está en los cielos". Con esto se da a entender que la existencia del hombre, **su vida y todo** lo que le pertenece **tiene la protección ínfima de Dios**. Lo que ocurre no **se debe a la casualidad** sino que sucede con miras al bien de todos puesto que la ruta del universo y lo que en él está **tiene la orientación amante y cuidadosa de Dios**.

Las aparentes contradicciones en el caminar del mundo.

Conviene que, llegados a este punto, pongamos un poco de atención. **Mirando el medio en que vivimos, nos parece que las cosas no están arregladas de acuerdo con cuanto acabamos de decir**, y se desarrollan inexorablemente, arrastrando en su camino al hombre y su felicidad.

Hay personas buenísimas que no logran tener éxito y terminan gastándose mal, completamente inhabilitadas, si bien muchos necesitarían de sus manos cuidadosas y organizadoras.

Muchos seres humanos mueren sin haber llegado a ser del todo productivos y hay otros que prosperan sin que sepamos por qué. La crueldad maltrata a seres indefensos.

Muchos pensamientos de bien no tienen donde concretarse en obras. Mucha gente valiosa parece mientras la bajeza, la mediocridad, la superficialidad están en continuo auge.

Hasta nos viene la tentación de creer que el poder unificador del mundo está en manos de una arbitrariedad insensata y de la casualidad que destruye. Otras veces las circunstancias nos obligan a pensar que una alevosía caprichosa obra y lo destroza todo y, precisamente, en el momento en que está consolidándose algo hermoso, y algo realmente extraordinario está a punto de cumplirse.

¿Será que vivimos en un mundo loco?

Siempre encontraremos a alguien que nos diga que, a pesar de todo, hay una ordenación sabia en el mundo, en donde **todo marcha según leyes exactas. Ciertamente hay un orden en el mundo, que no se preocupa de las necesidades del hombre y sigue su curso** prescindiendo de él.

Este orden, ¿está orientado a la perfección de la vida humana? ¿Tiene, al menos en el sentido más

modesto de la palabra, la intención de hacer justicia entre los hombres?

La plenitud de una vida, la podríamos circunscribir, sencillamente, en el cumplimiento de los deseos que alberga el corazón humano, de encontrar los espacios necesarios para su creatividad y poder realizar, a cabalidad, sus deseos de desarrollo pleno.

No obstante, **el universo no hace caso del ser humano y sigue su camino.** Los animales no se preocupan de nosotros porque se lo impiden sus propias necesidades de vida. Los árboles, aunque nos alimentamos de sus frutos, no nos advierten. Su existencia se agota en su crecimiento y en su muerte. Tampoco las montañas nos prestan atención. Existen y se mantienen en su inmovilidad, sin vida.

El misterio de la providencia

Pero alguien llega y nos habla de la providencia **¿Qué es, pues la providencia?. Es la seguridad que tengo de que, como persona viva que soy, me muevo dentro de un conjunto de leyes que no me obligan,** como la ley natural obliga al átomo, o que me necesitan, como una fábrica necesita a sus obreros, **sino que están orientadas a mí.** Según esto, las cosas deberían venir hacia mí y todas las cosas deberían considerarme como su meta. El curso del universo debería estar de acuerdo con los anhelos más profundos de mi ser. Si vemos el mundo, partiendo de nuestra experiencia y de nuestra lógica, la conclusión sería una realidad ciega y fría.

La palabra providencia nos dice, sin embargo, que en todo acontecimiento **hay una mirada y que el**

mirado soy precisamente yo. Dice, además, que **hay una previsión para todo lo bueno en relación conmigo.** Hay, pues, unos ojos que todo lo ven y a los que no se escapa nada de cuanto me puede hacer daño o me puede ser útil, unos ojos que **me observan continuamente y que notan la caída de cualquiera de los cabellos** de mi cabeza y ven sus consecuencias, teniendo en cuenta, precisamente, mi propio bien. Esta palabra dice aun que hay una intención, un corazón, una preocupación en todos los acontecimientos y, sobre todo, **un poder más fuerte que todos los poderes del mundo, capaz de realizar todo lo que piensa aquel corazón y aquella preocupación.**

Crear en la providencia

No hay que tomar a la ligera el misterio de la providencia, ni hablar de ella como se habla de las leyes que rigen el mundo, en parte inverosímiles y en parte sentimentales. Tras el concepto de providencia se esconde nuestra fe y sus dinamismos. **Crear en la providencia con convicciones profundas equivale a modificar la cara del mundo,** que dejará de ser únicamente el mundo de las ciencias naturales para convertirse en el mundo de la vida.

Este mundo **no será producto de fantasías** o de cuentos de hadas, donde pasan cosas extrañas y desaparece ante el mundo de las realidades. **La providencia no le quita al mundo sus asperezas** ni su seriedad. Lo deja así como es, pero nos dice que el mundo con sus realidades y sus necesidades **no es**

algo cerrado en sí mismo sino que se apoya en el poder de Dios y sirve a sus intenciones.

Las leyes propias de la materia muerta no cesan cuando las invade la vida, como no se anulan las leyes que determinan el crecimiento del cuerpo humano cuando comienzan a construir su mundo en el corazón y en el alma del hombre. Las leyes siguen, pero se ponen al servicio de intereses más altos.

Quien comprenda y llegue a percibir este poder superior está en condiciones de ver el servicio que estas leyes y fuerzas le pueden ofrecer. Providencia significa que hay una fuerza que sostiene el mundo en su esencia y en su actividad propia y que, a la vez, está al servicio de la voluntad amorosa de Dios, realidad que trasciende cualquier cosa de este mundo.

El amor tierno de Dios

El amor que Dios muestra a sus creaturas y a sus hijos, *es* un amor vivo y tierno, como el amor de una persona humana para otro ser querido. Un amor presente en su desarrollo, en sus preocupaciones personales, en sus decisiones y acciones. El amor de Dios en el ser humano *es* vivo y renovado. El amor de Dios ejerce una atracción sobre el mundo y lo va metiendo en él.

En cada instante el mundo, el hoy y el mañana, los seres y los acontecimientos, se unen y *se* convierten en creaturas de Dios. De este modo el mundo se renueva a cada instante que pasa. El instante no había existido anteriormente, llega y no regresará jamás. Su existencia surge del eterno amor divino, reúne en sí

toda vida y todo acontecimiento y lo orienta a las criaturas.

Todo lo que sucede viene de Dios y de su amor para conmigo. Me llama y me aconseja. En él debo vivir, obrar, crecer y ser la persona que Dios ha proyectado hacer de mí desde siempre. A cada instante, el mundo se debe perfeccionar y llegar a ser perfecto en Dios, sirviendo al hombre en el único proyecto de liberación.

Tomado de *El espíritu del Dios viviente*, R. Guardini

7. RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS BAUTISMALES

Estos días pueden ser buena ocasión para renovar, personalmente o con tus amigos, las promesas del Bautismo

¿Renunciáis a Satanás, esto es: al pecado, como negación de Dios; al mal, como signo del pecado en el mundo; al error, como ofuscación de la verdad; a la violencia, como contraria a la caridad; al egoísmo, como falta de testimonio del amor?

Sí, renuncio.

¿Renunciáis a sus obras, que son: vuestras envidias y odios; vuestras perezas e indiferencias; vuestras cobardías y complejos; vuestras tristezas y desconfianzas; vuestras injusticias y favoritismos; vuestros materialismos y sensualidades; vuestras faltas de fe, de esperanza y de caridad?

Sí, renuncio.

¿Renunciáis a todas sus seducciones, como pueden ser: el creer los mejores; el veros superiores; el estar muy seguros de vosotros mismos; el creer que ya estáis convertidos del todo; el quedaros en las cosas, medios, instituciones, métodos, reglamentos, y no ir a Dios?

Sí, renuncio.

¿Creéis en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

Sí, creo.

¿Creéis en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de santa María Virgen, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?

Sí, creo.

¿Creéis en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida eterna?

Sí, creo.

Que Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos regeneró por el agua y el Espíritu Santo y que nos concedió la remisión de los pecados, nos guarde en su gracia, en el mismo Jesucristo nuestro Señor, para la vida eterna.

R. Amén.

4. ORACIONES

A. ORACIONES PIDIENDO AYUDA (fases I y II)

Espíritu de amor, creador y santificador de las almas, cuya primera obra es transformarnos hasta asemejarnos a Jesús, ayúdame a parecerme a Jesús, a pensar como Jesús, a hablar como Jesús, a amar como Jesús, a sufrir como Jesús, a actuar en todo como Jesús. Espíritu Santo, quiero hacerme dócil a tu enseñanza y vivir fiel a los más pequeños toques de tus inspiraciones divinas. Sé mi luz y mi fuerza. Tú que hablas en el silencio del alma, dame el espíritu de recogimiento. Tú que descienes a las almas humildes, dame espíritu de humildad, enséñame a vivir de tu amor y enséñame a repartir amor a mi alrededor.

Alexis Riaud

B. ORACIONES MIRANDO A CRISTO (fase III)

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en la Cruz y escarnecido.
Muéveme ver tu cuerpo tan herido
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

En esta tarde, Cristo en el Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.
¿Cómo quejarme de mis pies cansados
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?
¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?
Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.

Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta. Amén.

Señor mió Jesucristo,
Dios y Hombre verdadero,
Creador, Padre y Redentor mío:
por ser vos quien sois, Bondad infinita,
y porque os amo sobre todas las cosas,
me pesa de todo corazón haberos ofendido;
también me pesa porque podéis castigarme con
las penas del infierno.
Ayudado de vuestra divina gracia,
propongo firmemente nunca más pecar,
confesarme y cumplir la penitencia que me sea
impuesta.
Amén.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás ¡nocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu. (...)

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a tí. (...)

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias. (...)

Salmo 50

La Madre piadosa estaba junto a la cruz y lloraba mientras el Hijo pendía; su alma, triste y llorosa, traspasada y dolorosa, fiero cuchillo tenía. ¡Oh cuan triste y cuan aflicta se vio la Madre bendita, de tantos tormentos llena! Cuando triste contemplaba y dolorosa miraba del Hijo amado la pena.

Y ¿cuál nombre no llorara, si a la Madre contemplara de Cristo, en tanto dolor? ¿Y quién no se entristeciera, Madre piadosa, si os viera sujeta a tanto rigor?.

Por los pecados del mundo, vio a Jesús en tan profundo tormento la dulce Madre. Vio morir al Hijo amado, que rindió desamparado el espíritu a su Padre.

¡Oh dulce fuente de amor!, hazme sentir tu dolor para que llore contigo. Y que, por mi Cristo amado, mi corazón abrasado más viva en él que conmigo. Y, porque a amarle me anime, en mi corazón imprime las llagas que tuvo en sí. Y de tu Hijo, Señora, divide conmigo ahora las que padeció por mí.

Hazme contigo llorar y de veras lastimar de sus penas mientras vivo; porque acompañar deseo en la cruz, donde le veo, tu corazón compasivo. ¡Virgen de las vírgenes santas!, lllore yo con ansias tantas, que el llanto dulce me sea; porque su pasión y muerte tenga en mi alma, de suerte que siempre sus penas vea.

Haz que su cruz me enamore y que en ella viva y more de mi fe y amor indicio; porque me inflame y encienda, y contigo me defienda en el día del juicio. Haz que me ampare la muerte de Cristo, cuando en tan fuerte trance vida y alma estén; porque, cuando quede en calma el cuerpo, vaya mi alma a su eterna gloria. Amén.

C. ORACIONES PONIÉNDOSE EN SUS MANOS (fase IV)

Mi alma está pegada al polvo:
reanímame con tus palabras;
te expliqué mi camino, y me escuchaste:
enséñame tus leyes;
instruyeme en el camino de tus decretos,
y meditaré tus maravillas.

Mi alma llora de tristeza,
consuélame con tus promesas;
apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu voluntad;
escogí el camino verdadero,
deseé tus mandamientos.

Me apegué a tus preceptos,
Señor, no me defraudes;
correré por el camino de tus mandatos
cuando me ensanches el corazón.

Correré por el camino de tus mandatos cuando
me ensanches el corazón.

Confiado en el Señor, no me he desviado.

Salmo 102

Dichoso el que con vida intachable,
camina en la voluntad del Señor;
dichoso el que, guardando sus preceptos,
lo busca de todo corazón;
el que, sin cin cometer iniquidad,
anda por sus senderos.

Tu promulgas tus decretos
para que se observen exactamente.
Ojalá esté firme mi camino,
para cumplir tus consignas;
entonces no sentiré vergüenza
al mirar tus mandatos.

Te alabaré con sincero corazón
cuando aprenda tus justos mandamientos.
Quiero guardar tus leyes exactamente,
tú, no me abandones.

Salmo 118, 1-

Protégeme, Dios mío, que me refugio en tí;
yo digo al Señor: Tú eres mi bien.
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.

Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Salmo 15

Colección
Hablar con Jesús

por

José Pedro Manglano Castellary

La Misa: Antes, durante y después

Eucaristía: Velas

Bendición

La Llamada: 12 ideas sueltas

9 vocaciones contadas

Espíritu Santo. Decenario Pentecostés

Confirmación

Corpus Christi

Cuaresma

Mayo

Noviembre. La vida aquí. El cambio.

La vida allá

Diciembre. Adviento y Navidad

Convivencias. Guía personal para los
ratos de silencio

Orar con Teresa de Lisieux

Camino de Santiago, por Pablo M. Lacorte

Orar con la Pasión y el Via Crucis

Orar con poetas